

Todo también de paso

Raquel Lanseros

«Cuando estén secas las pilas / de todos los timbres / que vos apretás, / buscando un pecho fraterno / para morir abrazao...» cantaba *Yira, yira*, el inolvidable tango de 1930 escrito y musicado por Enrique Santos Discépolo. Este lunfardo y castellанизado vocablo, *yira*, se origina en el verbo italiano *girare*, es decir, dar vueltas, pasar una y otra vez por los mismos lugares. Y a eso se refería precisamente el genial compositor, a la repetición previsible y monótona de las mismas desilusiones, las mismas amarguras, los mismos fracasos existenciales en el acontecer cotidiano de cada uno de nosotros.

Y *Gira* es también el término escogido por Álvaro Tato (Madrid, 1978) para intitular su último libro de poemas, ganador por unanimidad del Premio Internacional de Poesía «Miguel Hernández – Comunidad Valenciana» 2011 entre 507 libros presentados. Título, por cierto, absolutamente apropiado y aun exegético, ya que nos adentramos en un viaje personal a través de la experiencia del autor, que, como siempre ocurre en la buena poesía, es a su vez la de todos nosotros. Los títulos de muchos de los poemas nos recuerdan constantemente que estamos en movimiento, por más introspectivo y metafórico que éste sea. Así, forman parte del libro los llamados «Ida», «Recta», «Nudo norte», «Visado», «Afueras», «Migración», «Vuelta», «Retrovisor», «Retorno», «Arcén», «Andén» o «Ruta», por poner varios ejemplos. El viaje como metáfora de la propia vida es un *topos* recurrente a través de la historia de la Literatura, desde Homero y los medievales

Álvaro Tato: *Gira*, Hiperión, Madrid, 2011.

cantares de gesta hasta la actualidad. Y Tato lo rescata revistiéndolo de presente último, con un lenguaje claro, dinámico y pleno de contenido. Ya el poema que principia el libro, «Himno», nos colma de los buenos deseos necesarios para el destino venturiego que constituye toda travesía: «Que haya viento a favor. / Que mires atrás una sola vez / para saber que aún no te persigues. / (...) / Que sigas. Que te pares. / Que nunca des contigo. / Y que tu patria sea ese lugar / al que no llegarás.»

La poesía de Álvaro Tato está imbricada en la profundidad de pensamiento, y sin embargo posee la rara cualidad de saber ofrecernos el destilado de esa meditación de manera cristalina, liviana y diáfana, capaz de calarnos hondo por dentro sin pesarnos, sin arrastrarnos al cruel pozo de la amargura existencial: «Al menos un instante cada día / volvemos al país / que nos viaja por dentro. / Míralo una vez más. / ¿Lo reconoces? / Es el mismo de todos / y nos hace distintos.» Es también digna de reseñar su capacidad de descripción, de serena contemplación de la realidad circundante, lo cual remite directamente a toda la tradición de la poesía oriental, como observamos en su poema «A:B»: «Mañana de verano / entre montes sin nombre, / inmenso cielo en blanco», o en el inmediatamente precedente, titulado «Vuelta»: «De vuelta a casa, / noche tranquila, / aire en la cara. / De vuelta a casa, / ciudad dormida, / luna parada.»

El poeta nos desvela a lo largo del libro una de sus principales inquietudes, que se puede verbalizar en la conveniencia de hacer el camino vital con la menor carga posible, o en palabras machadianas, «ligero de equipaje», puesto que el sentimiento de posesión es ilusorio y fugaz, siendo la única verdad categórica e inalterable que aquí han de quedarse todas las pertenencias materiales que hemos ambicionado acumular a lo largo de la vida: «No nos llevamos nada. / Nuestras cosas se quedan. / Dejamos todo atrás. / No nos llevamos nada, / lo mismo que trajimos. / Devolvemos el préstamo.»

Nace la poesía de Álvaro de la reflexión y la emotividad, siendo su propia subjetividad una lente lírica que el lector se ajusta para observar la realidad y descubrir los matices vivenciales del autor. El tiempo, con su inexorable fluir, es protagonista indiscutible de este viaje, el de todos nosotros. A él rinden acomodo

nuestros actos y pensamientos igual que el inquilino paga ineludiblemente su alquiler periódico: «Seguimos / la vieja senda / del cazador de días. / (...) / Pronto saldrán los días a cazarnos.» Del mismo modo, reivindica el poeta la memoria, hija del pasado y habitante del presente, envés indisociable del tiempo transcurrido. La memoria como cimiento primordial de nuestra identidad, libro de contabilidad en el que se reflejan fielmente nuestras cifras tanto del «debe» como del «haber»: «Hay muertos emboscados / en nuestras rutas negras. / (...) / Cazan velocidad, / nos ganan siempre. / Son nuestro mal menor, / nuestros antepasados, nuestro precio.»

Dueño de una sensibilidad muy bien resuelta, como de una originalidad que mana de un extenso universo propio, Álvaro Tato ha construido en *Gira* un auténtico mapa emocional del camino, sabedor como es de que «cada paso es la cumbre». Merece la pena adentrarse en este recuento de experiencias y reflexiones del viaje existencial del poeta, pues nos las participa interiorizadas y fusionadas con su intimidad, de modo que a través de sus versos el lector puede sentir cómo todas y cada una de las palabras se dirigen a su propia mente y a su propia alma. La ruta nos conduce a todos y no termina jamás, sólo gira y gira, por diferentes lugares e instantes, con distintos nombres y rostros, como el propio autor nos interroga retóricamente para después regalarnos la más dulce insinuación: «¿Cuántos viajes nos quedan? / ¿Cuántas preguntas? / Los primeros almendros / están más allá de la cuneta» ©